

Vicente Molina Foix es licenciado en Filosofía y en Historia del Arte, y ha sido profesor en la Universidad de Oxford y en la del País Vasco. Fue incluido por José María Castellet en la antología 'Nueve Novisimos'; en 2013 apareció su obra poética completa, 'La musa furtiva'. Ha obtenido los premios Barral, Azorín, Herralde y Nacional de Literatura. Hay pocos géneros que no haya cultivado. En 2016 recopiló sus ensayos sobre tema literario con el título de 'Enemigos de lo real'. Su primera obra teatral, 'Los abrazos del pulpo', se estrenó en 1985. Ha traducido obras de Bernard Shaw y Tennessee Williams, y 'Hamlet', 'El rey Lear' y 'El mercader de Venecia' de Shakespeare. En el Festival de Mérida se han representado sus recreaciones de 'Electra' de Eurípides y 'Medea' de Séneca. Su novela 'El abrecartas' se ha convertido en una ópera con música de Luis de Pablo, que llegará pronto al Teatro Real. En el año 2000 rodó, como director y guionista, su primera película, 'Sagitario', interpretada por Ángela Molina, Eusebio Poncela y Héctor Alterio. En 2010 se estrenó la segunda que ha escrito y dirigido, 'El dios de madera', con Marisa Paredes.

Aunque 'El joven sin alma' sea una obra de ficción, sus personajes centrales son jóvenes escritores de los años sesenta y setenta del pasado siglo, no aludidos en clave sino mencionados por sus nombres, con quienes compartió el autor una iniciación literaria, política y amorosa cuya evocación ha de interesar a cualquier lector sensible a la ternura, el humor y la gran dosis de ingenio con que está escrita.

Lo que de ellos se dice no ha de tomarse siempre al pie de la letra, porque no estamos ante un documental sino ante una obra de ficción, si bien buena parte de lo que la novela cuenta aconteció según lo recuerda el autor, que a veces exhibe una memoria de elefante, y otras la deja a un lado, y a menudo echa mano de un bien nutrido baúl de los recuerdos atiborrado de cartas, fotografías y obras literarias inéditas. Vicente Molina sin duda sabe que no tiene sentido renunciar al trabajo de 'fotoshop' inherente a su oficio y al ejercicio siempre ambiguo e incontrolable, pero no arbitrario, del arte de la memoria.

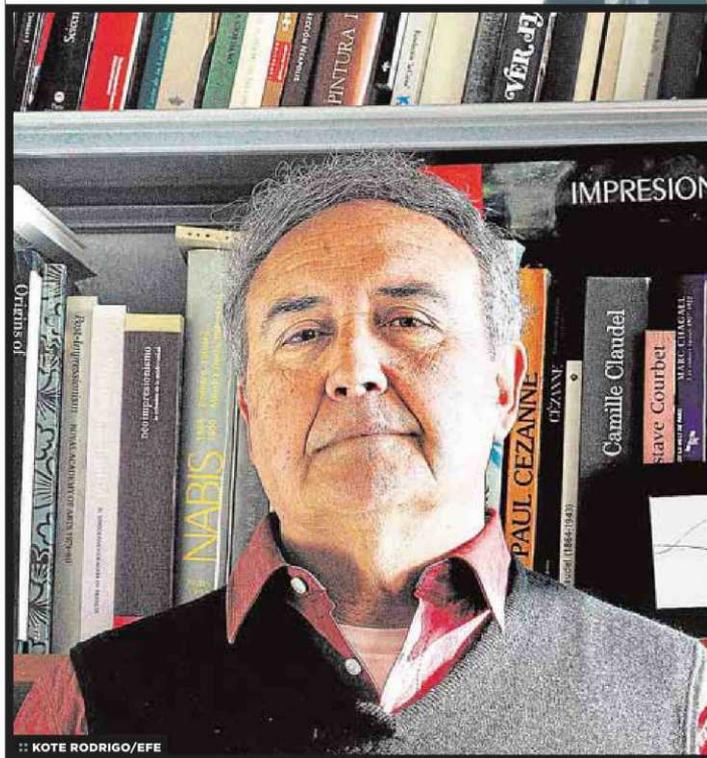
'El joven sin alma' es, en su primera parte, una historia de formación de la personalidad, en contacto tanto con la realidad como con el mundo imaginario de la literatura y el cine. A todo lo largo y ancho de la novela está presente un cine en el que personajes frágiles, inseguros y dubitativos intentan formular su identidad, encontrar la felicidad en el amor y conjurar el fracaso de las normas mostrancas y las vías de escape triviales. Lo crearon directores como Jean-Luc Godard, François Truffaut, Michelangelo Antonioni, Luchino Visconti, Federico Fellini y Eric Rohmer, actores como Terence Stamp, Jean-Pierre Léaud, Dirk Bogarde, James Dean y Montgomery Clift, y actrices como Anna Karina, Ava Gardner, Liz Taylor, Marilyn Monroe y sobre todo Jean Seberg en 'Lilith'. Un cine al que se unían las canciones de Françoise Hardy, Juliette Gréco, Michel Polnareff y Billie Holiday. Un cine disfrutado con verdadera adicción, sin tregua ni hartura. Cuenta Vicente que él fue dieciocho veces seguidas a ver 'Marnie la ladrona' de Hitchcock y lo creo, porque yo fui diecisiete a ver 'My fair lady' de Cukor. Vicente y yo somos de la misma quinta: nos llevamos sólo unos meses.

En la formación del protagonista-narrador ocupa un lugar privilegiado la vocación literaria, no sólo la de leer sino también, y sobre todo, la de escribir. El detona-

JÓVENES CON ALMA

El próximo día 24, en el patio gótico del Palau de la Generalitat, se presentará 'El joven sin alma', el diálogo de Vicente Molina Foix y Guillermo Carnero, cuya lectura e interpretación anticipamos

GUILLERMO CARNERO



dor de esa vocación tiene nombre, lugar y fecha: Camilo José Cela, Alicante, 19 de octubre de 1962. La anécdota puede ser verdadera o imaginada, lo cual no importa, porque los consejos que se ponen en boca de don Camilo coinciden con lo que de él sabemos, y lo retratan cabalmente: desconfiar de la improvisación y la inspiración, poner todo el énfasis en la perseverancia y el trabajo, resistir la ausencia o la indiferencia de los lectores, la desidia de los críticos y la envidia, la ruindad y el cinismo de los colegas. Un escritor, según Cela, ha de ser como puercoespín y araña en la soledad, la tenacidad y la laboriosidad.

Con el decimoséptimo cumpleaños del protagonista llega el traslado a Madrid para cursar estudios universitarios. Su formación se enriquece con un nuevo capítulo, la actividad política, emprendida con la ingenuidad y la generosidad de la adolescencia. Una etapa que da lugar a algunos de los mejores capítulos del libro, en los que se retratan las emociones, mutuamente alimentadas en aquellos años, que fueron el compromiso contra la llamada dictadura, y el erotismo. En la novela las polarizan las tres «Furias» del Comunismo, Pilar, Rosa y Elena, bien dotadas, educadas y vestidas como hijas de la alta burguesía, en un registro que recuerda 'Últimas tardes con Teresa' de Juan Marsé. Y la busca y captura de libros prohibidos, los coloquios políticos

Después del sarampión político viene el descubrimiento, auténtico y autónomo, del amor

en los cine-clubs semiclandestinos, las multicopistas cuya cosecha se repartía por buzones y tablones de anuncios.

Después del sarampión político viene el descubrimiento, auténtico y autónomo, del amor. Se nos cuenta aquí el viaje por un sendero que se bifurca, ya que el protagonista-narrador es alguien que, como se dice en Francia, funciona a vela y a vapor, y así vive dos historias sucesivas cuyo objeto es, respectivamente, Ramón y Mari Luz. Mari Luz es una pintora arriscada y promiscua; Ramón es Ramón Moix, bautizado luego Terenci, un ser de curiosidad insaciable, tan interesado por la poesía de Lord Byron y el antiguo Egipto como la ópera italiana y el cine seudohistórico que



EL JOVEN SIN ALMA

Autor: Vicente Molina Foix. Estilo: Novela romántica. Editorial: Anagrama, Barcelona, 2017. 364 páginas.

se conoce como 'peplum'.

El episodio más denso es el tocante al llamado «grupo de los seis», radicado en la Barcelona de mediados de los años sesenta, aquella Barcelona de los poetas «novisimos» que descubrió y presentó José M^a Castellet. «Todos eran – escribe Vicente Molina – niños en diferentes grados de curiosidad infantil, que no perdieron al madurar. Su capricho, saber más que nadie; su lugar de celebración, los cines; sus ídolos, los libros; el sacramento de culto, las imágenes de algunas películas [...]. El sueño de sus días, escribir poemas y relatos que no tuvieran igual; su aspiración personal, amar fuera de lo común...». Ese grupo (cinco de los nueve «novisimos» más Ramón Moix) se reúne a diario, intercambia poemas, comenta clásicos y novedades, va sistemática y colectivamente al cine y practica una versión 'light' de los seudodios que organizaba André Breton para examinar de escritura y conducta a sus compañeros y a los neófitos. Todo en una Barcelona que era entonces la capital cultural de España.

En su centro se encuentra Ana María Moix, a la que Vicente llama «la Única Mujera», cuyo ídolo cinematográfico era Montgomery Clift, el desvalido personaje de 'Un lugar en el Sol', 'Vidas rebeldes' y 'El proceso de Nuremberg', sobre quien Ana María tenía en fàrfara una novela que nunca terminó: 'Monty no ha muerto'. Ana María era el Hada Campanilla de la historia de Peter Pan, rodeada por tres Niños Perdidos, tres jóvenes que empezaban su carrera literaria y la querían de forma completamente diferente. Uno como el perro del hortelano, que ni come ni deja comer. El otro no sabía cómo; el tercero sí lo sabía, pero ella no se puso nunca a tiro, porque sentía aversión a los hombres. Dos de esos jóvenes, el primero y el tercero, vivían en Barcelona, se encontraban con ella a diario, le escribían poemas y le daban nombres estrambóticos sacados del 'Manual de zoología fantástica' de Borges. En este punto la novela se detiene especialmente en el tercero de ellos, que le escribía tiernas y burlonas obritas de teatro, en alguna de las cuales aparecía Vicente Molina como personaje, y poemas inspirados en los satíricos y festivos de Góngora, Quevedo y Valle-Inclán.

La novela termina con un conjunto de cartas que ella hubiera podido escribir, y que ofrecen un testimonio sumamente emocionante de lo que fueron «aquellos muchachos ebrios de cine, poesía, verano y juventud». Muchachos que tuvieron la suerte de que la sociedad, el público y los editores les hicieran caso desde el principio, y luego la desgracia de hacerse mayores. Cuando escribo estas líneas, tres de ellos han muerto, dejando en los demás un vacío que sólo puede llenar el recuerdo que esta novela despierta siempre, a veces con un ápice de tristeza, otras con la certeza de que aquel «grupo de los seis» vivió una mezcla de sueño y realidad que valió la pena.